



Curia General
Religiosos Terciarios Capuchinos
Via Bernardo Blumenstihl, 28-36
00135 Roma

Amados hermanos: Paz y bienestar en el Señor Jesús.

El 15 de septiembre, festividad de Nuestra Madre de los Dolores, además de ser para nosotros un tiempo de gracia es, al mismo tiempo, una invitación a revisar, a la luz de las actitudes de Nuestra Madre, nuestra vida de consagrados.

En el evangelio de San Juan leemos: *Su Madre dijo a los sirvientes: Hagan lo que Él les diga (Jn 2,5).*

Como seguidores de San Francisco nos hemos comprometido a *observar el Santo Evangelio (R. 1)*. Como el Santo Evangelio es tan denso, en la primera carta del apóstol San Juan encontramos una buena síntesis de lo que Dios quiere y espera de nosotros.

Los primeros discípulos, entusiasmados, le preguntan al Señor:

- *¿Qué hemos de hacer para realizar las obras que Dios quiere?*

Y responde Jesús:

- *La obra que Dios quiere es que crean en aquél a quien Él ha enviado y se amen los unos a los otros (1ª Jn 3,23 y Jn 6,28).*

Nuestra Madre nos dice, como les dijo a los siervientes en las bodas de Caná:

- *Hagan lo que Él les diga.*

Y lo que Él nos dice es: *que creamos (que tengamos fe) y que nos amemos los unos a los otros.*

A las obras de los judíos Jesús propone como alternativa la fe (dejarse llevar por Dios). La vida del cristiano es un continuo discernimiento para estar libre y dejarse conducir por el Señor.

El hombre aprende a vivir enseñado y conducido por Dios, pues *todos aquellos a quienes conduce el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios (cf Rm. 8,14).*

La vida en penitencia que propone nuestro Padre San Francisco se condensa en el abandono, es decir, en la kénosis de dejarse conducir por el Señor. El problema de quien quiere seguir al Señor no es tanto dejarlo todo, como si se tratara de seguirlo por voluntad propia, sino de dejarse conducir por Él. La vida en penitencia consiste en el abandono en las manos de Dios, ésta es la metánoia que pide el evangelio (cf. *Esser: Respuesta al Amor*).

Nuestro proyecto de vida personal y comunitario, *las Constituciones*, nos ubican en este camino de fe y de discernimiento: *Buscamos el querer de Dios..., promovemos desde la fe la obediencia a la voluntad de Dios..., humildemente buscada en la Palabra..., en los acontecimientos..., en el confiado diálogo con los hermanos... El superior decide en la presencia del Señor lo que se debe hacer (cf Const, 30).*

La búsqueda de la voluntad de Dios está unida a la kénosis, al salir de sí mismos, a buscar con los hermanos la voluntad de Dios.

El apostolado es, sin duda alguna, nuestra principal fortaleza. Lo realizamos con calidad. Nos sentimos satisfechos y valorados por la Iglesia y por la sociedad. Y somos cada día más creativos en dar respuesta a las necesidades de los jóvenes, niños y familias más necesitadas. El trabajo con nuestros hermanos seculares está siendo una realidad cada día más satisfactoria porque hay muchos a los que atrae nuestro carisma y porque de esta manera podemos dar una respuesta más amplia a los retos que se nos presentan.

Quiero invitar a los hermanos a fortalecer un aspecto que creo que merece ser revisado a la luz de los textos hoy propuestos: es el discernimiento del querer de Dios en nuestro apostolado. Tengo la impresión, luego de haber visitado la mayoría de las comunidades de la Congregación, que respondemos mucho más a la urgencia, a las necesidades perentorias, que al querer de Dios. Por lo demás es imposible que demos respuesta a todos los retos que nos presenta la sociedad con sus múltiples problemas. Lo más importante es asegurar, como dicen nuestras Constituciones, el querer de Dios en aquellas obras que lideramos.

Uno de los aspectos a tener en cuenta, en el discernimiento, son las diversas circunstancias. Pero mi invitación va dirigida especialmente a tomar en serio el numeral 30 de nuestras Constituciones: *Desde la fe, buscamos la voluntad de Dios en la Palabra..., en los acontecimientos..., en confiado diálogo con los hermanos.* Aquí está el principal fallo. Falta diálogo con los hermanos. Parece que estemos formados, o bien para mandar o bien para obedecer, pero no tanto para buscar *en comunidad el querer de Dios.*

Aún se escucha a algunos hermanos que usan el argumento de autoridad *soy el superior y punto.* No pocos hermanos se sienten marginados en las decisiones más simples en la vida de comunidad. Algunos sufren en silencio. Otros se han resignado porque, según ellos dicen, *así es la vida.*

Siempre he creído que: *es mejor lo imperfecto en comunidad que lo perfecto en solitario,* porque es la comunidad el amplificador de la voluntad de Dios y, si queremos acertar en lo que Dios quiere, nuestro camino es el comunitario. El Señor une la fe, el abandono, con el amor de los hermanos. Sólo por medio de los hermanos disminuimos el principal obstáculo del discernimiento espiritual que se llama Ego. No buscamos tanto hacer el bien, sino el bien que Dios quiere.

En el discernimiento es tan importante la palabra del superior, como mediación querida por Dios, como el confiado diálogo con los hermanos, en todo, pero de una manera especial en nuestro apostolado. Expresamos la supremacía de Dios sobre la propia voluntad, y esta primacía de Dios se acentúa cuando el religioso obedece aun renunciando a sus propios planes y programas, y el superior asume la autoridad como servicio y no como poder (*cf. Constituciones, 29*).

Si el hermano no tiene en cuenta al superior, no está buscando el querer de Dios; y si el superior no tiene en cuenta a los hermanos, tiene el peligro de conducir la comunidad por el camino de la eficacia, pero no por los caminos de Dios.

Creo que es un punto neurálgico el hecho de que en la Congregación exista muy poco discernimiento espiritual. Funcionamos más bien con criterios humanos que con criterios espirituales y de consagrados.

Haced lo que Él os diga. Nuestra profesión religiosa es el primer servicio que ofrecemos a los jóvenes educandos y testimoniamos ante ellos que Dios tiene la primacía (cf. *Constituciones, 13*).

Somos llamados a ser un signo del amor de Dios, de la salvación y de la felicidad, es decir, somos llamados a ser levadura en la masa. Por esto vivimos con los otros en inserción, al estilo de Jesús. No sólo convivir con las personas en su propio medio vital, sino algo más: atraer e impregnar a las personas de lo que el mismo Jesús estaba dominado o saturado, esto es, de la presencia actuante de Dios Padre en Él.

Quiero y deseo haceros una invitación fraternal a programar nuestro apostolado desde la perspectiva de impregnar a nuestros empleados y beneficiarios de la presencia de Dios salvador y liberador. Y bienvenidas sean todas las fórmulas que el amor y la creatividad nos sugieran pasando, por supuesto, por el discernimiento personal y comunitario.

Que Nuestra Madre de los Dolores, modelo de discernimiento y de fe, de entrega total en las manos del Señor, nos ilumine y nos de la fortaleza necesaria en nuestro diario caminar.

Roma, 15 de septiembre de 2008. Festividad de Nuestra Madre de los Dolores.



F. Ignacio Collet

Superior general tc.